



El bosque de Lum,
Un relato ilustrado de Paula Moreno
2016

All right reserved

Primera edición: Julio 2016
Published por Colossus Editorial
ISBN 965-2987-2839-1

www.Colossuseditorial.com

El
Bosque
de Lumm



Capítulo 1

No estés triste, Lum. La tristeza nos consume a todos. Susurró una voz en un bosque nevado.

Un paraje blanco se extendía hasta los horizontes, los cuales culminaban con sierras y montañas de siluetas extrañas. Era de día, o al menos lo parecía. El cielo estaba cubierto de nubes grises y en las zonas de los bosques en las que la nieve no había cuajado, la tierra era fría y seca. Los árboles eran solo troncos y ramas sin hojas ni frutos. Y en el barro y en los lodazales existía multitud de vegetación que sobrevivía a las condiciones del lugar. Al interior de la arboleda todo parecía lóbrego y la luz apenas traspasaba por las copas de los árboles, que se movían con la brisa helada, amontonados e irregulares. Era un lugar taciturno, pesaroso.

Como movidos por un pensamiento extraño, los sonidos del lugar eclipsaban todo el ruido que podría haber existido tiempo atrás, pues, esos troncos huecos y esas raíces fuertes que arraigaban millas y millas hacia el interior del mundo, habían albergado mucha vida, vida a rabiar, vida allá donde se mirase. En aquel momento, sólo quedaba la sombra de lo que fue y de lo que no parecía volver a florecer.

Lum...

Una silueta apareció tras los árboles. Se trataba de un muchacho pálido y cabello muy claro. El joven trató de hacerse paso por la nieve hasta llegar a una zona donde la tierra era más seca y la cellisca se convertía en un riachuelo. Pensativo, se quedó observando la maleza, sin mirar a ninguna parte. Su expresión era desinteresada, puesto que conocía el lugar muy bien. Nada llamaba la atención de su mirada, y ningún sonido por muy raro que fuese lograba despertar su curiosidad o temor.

Se acercó al riachuelo para beber y se vio reflejado en él.

—No es lo suficientemente profundo —respondió Lum mirando el fondo, para sí mismo—. No podría ser libre. No voy a poder serlo nunca.







Después de descansar, Lum siguió por el bosque hasta llegar a un pequeño claro, allí estableció un campamento. Prendió un pequeño fuego para calentarse y extendió su capa alrededor suyo. Cuando la noche llegó, sólo la luz del fuego lo mantenía lejos de la oscuridad. Lum observó el halo que dejaba el destello de las llamas y observó más allá, detrás de los árboles. Pudo ver sinuosas formas y sombras que se movían de un lado para otro, cerca de ellos. Si se fijaba mucho era capaz de vislumbrar algunos ojos rojos.

No sabía exactamente lo que eran esas formas negras y tenebrosas, pero tenía claro que estaban esperándole, estaban esperando que Lum cediese... Que se dejase llevar por ellas. Lum se llevó una mano al pecho, pudo notar el latir de su corazón, había deseado tantas veces no escucharlo que odiaba su sonido.

Lum avivó el fuego y dejó que la noche pasase sobre él.







Lum...

Capitulo 2

Al día siguiente abrió los ojos paulatinamente. Pensando que, todo era un sueño. Pero como cada mañana, estaba en aquel frío lugar.

Lum apagó las cenizas y reunió el equipaje para desplazarse a otra zona. Aquella mañana se adentró en un claro bastante seco, dónde si se buscaba un poco aparecía hierba fresca. Allí abundaban los animales. Por lo que Lum solía preparar trampas y cazar conejos y perdices. Podía pasar varias horas sin moverse, no tenía otra cosa que hacer, ni ninguna inquietud.

Después de comer estuvo toda la tarde buscando un nuevo lugar dónde descansar, cerca de los lindes del bosque. De pronto Lum escuchó algo y miró hacia unos arbustos cuchillo en mano.

—Sé que estás ahí. Sal o vete.

A continuación los arbustos se movieron de forma basta y se escuchó un quejido. Lum bajó el cuchillo. De pronto un hombre se presentó delante de ellos enseñando las manos. Era alto, corpulento con espesa barba oscura.

—¡Disculpa!—dijo azorado—. Me he perdido... Yo... ¡Ai por Dios! ¡Esconda ese cuchillo muchacho!

Lum no hizo caso.

—Lo sospechaba... —murmuró Dan— ¿Qué haces aquí? ¿Qué hacías espiando?

El hombre colocó una mano detrás de la cabeza.

—Me he perdido... —confesó—. Vine a cazar y mi caballo huyó. Me he adentrado, y he empezado a oler... —señaló el conejo—. Estaría muy agradecido si pudiese pasar la noche aquí... no conozco la zona... Mi nombre es Rufus...





Lum lo observó, examinándolo.

—¿De dónde eres?

Rufus juntó las manos.

—Vivo en... en un pueblo muy cerca.

—Mañana temprano te conduciré hasta el camino principal, no te puedes quedar mucho en este bosque —le hizo un gesto para que se sentase con él.

A pesar de que Rufus era un hombre brusco tenía una mirada muy profunda y sonrió agradecido cuando Lum le ofreció la mitad del conejo que había cazado.

—¿Cómo te llamas chico? —quiso saber Rufus.

—Puedes llamarme Lum.

—¿Y de dónde eres?

Hyd se sentó junto a ellos cuando empezó a anochecer.

—Vivo aquí desde hace unos años.

Rufus frunció el ceño mientras mordisqueaba algunos huesos.

—¿Años? ¿De veras lo dices? —hizo un mohín—. Eres la primera persona que conozco que vive aquí durante tanto tiempo... ¡Nadie es capaz de sobrevivir aquí! ¿Eres mago...?

Lum negó con la cabeza.

—No lo soy. Simplemente conozco bien el lugar, en todos sus aspectos —explicó—. Y tú no deberías pasar más de una noche aquí. Por eso mañana te acompañaré muy temprano para poder a tu pueblo antes del anochecer.

—¿No puedo pasar dos noches aquí? ¿Por el frío dices? —preguntó Rufus sorprendido.

Lum negó con la cabeza.

—Debes de tener mucha luz —respondió con seriedad—. Y la gente con luz no sobrevive aquí.



—¿Qué tengo luz? —se carcajeó Rufus—. Será en el blanco de los ojos, muchacho.

—Entiendo que nunca has conocido este infierno secreto. Las criaturas en este bosque se guían por la luz. Y no hay nada que más les guste que comérsela. Esperaran a que te descuides.

—Y entonces ¿qué haces viviendo en este lugar con ellos?

—No puedo salir de aquí —confesó—. Tengo una maldición.

Rufus arqueó una ceja.

—¿Ese es el motivo por el que vives aquí?

—En este bosque la maldición no me duele, sólo es ruido al fondo de mi mente. Si salgo de aquí... entonces dolerá.

Rufus se compadeció del joven.

En aquel momento las sombras se removieron entre los árboles y Rufus pudo vislumbrar de qué hablaba Lum. Las observó con mucho interés, asombrado, inclusive con temor.

—¿No has buscado ayuda para tu maldición?

Lum removió el fuego con un palo.

—En realidad, sé que alguien puede ayudarme: Algunas noches, viene a visitarme un extraño joven. Creo que es un mago —explicó Lum—. Sus ojos son la entrada al frío infierno —hizo una larga pausa—. A veces hablamos desde la lejanía, y me susurra que conoce cual es la solución a mi maldición, pero no me la quiere decir. No la busco tampoco. Creo que en realidad me da igual saberlo. Nada me espera fuera de este bosque; no hay mejor vida en ningún otro lado —se encogió de hombros.

Rufus lo miró largamente.

—Dices que te habla... ¿Qué te dice...?

Lum evocó la imagen de aquel otro joven que le visitaba, alto y de cabello claro. Sus finas facciones consiguen hacerle creer que es un amigo, pero en realidad no lo es. Primero observa a Lum desde lejos, entre las siluetas de los árboles; luego desaparecía.

—Siempre empieza hablando de lo frío que es el bosque; habla de las hojas heladas de los árboles, de la luz del sol blanco que se filtra entre las copas casi muertas. Y de la sensación extraña que deja el agua en sus manos. “Cuando toco el agua no la noto fría, sólo recuerdo que está fría” —le citó Lum—. Luego me mira con aquellos gélidos ojos, y me pregunta si sé qué son las sombras. Me habla de ellas, me advierte de ellas. Me dice que quieren acabar conmigo, que me quieren consumir. Luego me vuelve a preguntar si sé que son, pero ante mi ya aburrida negativa se levanta y se va. Antes solía suplicarle que no me dejara sólo, pero ahora también me da igual. Lo suelo percibir cómo un visitante nocturno, cómo la luna menguante o una nevada ocasional. —respiró con profundidad—. A veces no sé si es real o no. Pero sí sé qué cuando él se va, las sombras vuelven. Rufus arqueó las cejas, un poco inquieto.

—¡Me dan verdaderos escalofríos, Lum! Hechiceros... y esas sombras... —las miró de soslayo, luego se inclinó hacia Lum—. Ten cuidado, muchacho... No deberías acercarte a ese mago. Ten algo para defenderte —le entregó un puñal de hoja oscura—. Yo no lo necesitaré más. Pero ten mucho cuidado, puede destrozar cualquier cosa...

—Muchas gracias.

—Si no quieres salir del bosque, al menos por el momento, podría hacerte compañía a veces. Paso por aquí todos los días.

Lum asintió, agradeciendo aquel gesto.

A la mañana siguiente nada más salir el sol se puso en marcha. Lum acompañó a Rufus hasta una bifurcación unas millas al oeste. Desde allí pudo ver el pequeño pueblo, rodeado por el blanco bosque. Parecía asentarse en un amplio claro de tierra encharcada, donde la nieve no llegaba del todo. Las casas eran de madera muy oscura, húmeda.

—Puedes venir conmigo, Lum. Ahí sólo no estás seguro —le ofreció Rufus.

Lum rechazó su oferta con pesar. Temía que las sombras le siguiesen y acabasen con Rufus y con aquel pueblo. Lum negó con la cabeza, sabiendo cuales eran los riesgos. Y aunque las ganas se acumulaban en su corazón, al mismo tiempo nacían los miedos.

—Las personas que no aman, no temen. —se susurró a sí mismo.



Tal y como le había dicho Rufus, el cazador le empezó a visitar algunos días, Si venía de mañanas, lo ayudaba a cazar, y luego preparaban un buen aperitivo, el mejor que podían encontrar en aquellas tierras nevadas y solitarias. Lum le enseñaba algunos rincones secretos del bosque, y si en cambio, se veían por la tarde, decidían sentarse para charlar junto al fuego. Lum le pedía con asiduidad que le hablara del pueblo, lo cual disfrutaba mucho.

—Cuando es primavera, lo cual no ocurre a menudo, salen muchísimas flores, de distintos colores. Los niños corren a buscar insectos y la gente ríe.

Día tras día, Lum acompañaba al cazador hasta la entrada del pueblo. Rufus le ofrecía asilo, pero Lum, aunque dudaba, siempre acababa por rechazarle.

Un día, sin embargo, mientras iban de camino a la bifurcación, Rufus le detuvo y le miró con pesar.

—Me dijiste el día que te conocí que tienes una maldición. En mi pueblo vive una bruja, puede que te ayude con eso que te atormenta. Así podrás abandonar de una vez por todas ese maldito bosque y las sombras esas no te consumirán del todo.

Lum lo miró esperanzado.

—Pues...

—Es una bruja muy importante y buena, viene de la naturaleza pura, la gente del pueblo acude a ella para curar sus maldiciones, o al menos para saber combatirlas. No podrás sobrevivir con esas cosas detrás de ti todo el tiempo...



—Si que querría ir a visitar a esa bruja. Aunque no estoy seguro de que realmente quiera saber si esta enfermedad, bueno, maldición... tiene cura o no.

—Puedes quedarte en mi casa hasta que decidas ir.

Lum finalmente aceptó su propuesta y fue con él a la aldea. Apenas eran cinco cabañas que poblaban un extenso valle nevado y cercado por el bosque. No más abandonar al último árbol, Lum sintió un profundo dolor en el pecho y las piernas le flaquearon. El mundo dio un vuelco, tembló ante sus ojos como si fuese un sueño.

—¡Lum! —escuchó la voz de alguien conocido. Pero él no conocía a nadie más que a Rufus.

Rufus lo sacó de aquel trance.

—¿Estás bien? ¡Te has quedado helado! Venga te prepararé... ¡OH! ¡Fuera pajarraco! ¡Fuera!

Rufus trataba de ahuyentar a un cuervo que revoloteaba alrededor de ellos. El cuervo se posó en la rama cerca de una casa y finalmente desapareció alzando el vuelo.

—¡Menudos bichos estos! ¡Te roban el arroz y el trigo y las pesadillas! ¡Pajarracos! Como lo vuelva a ver acabaré con él.

Cuando alcanzaron la primera de las casas, Lum se fijó en que no había nadie. Las puertas estaban abiertas y en el interior sólo había oscuridad. Las cabañas estaban muy separadas unas de otras aunque pudo ver humo salir por alguna de las chimeneas lejanas.

—Es que están trabajando todo el día, ya les verás pronto —explicó Rufus mientras acomodaba a Lum y preparaba la comida en su casa. Lum miró por la ventana hacia el bosque, que a lo lejos, oscuro, se alzaba imponente. Notaba su llamada.

—No debería haberme ido. Las sombras fueron justas al dejarme pudrirme ahí.

—Ese bosque es horrible. Ningún hombre debería habitar allí. Es la casa de las bestias y de las pesadillas. Nada bueno te traía vivir allí. Y por supuesto no aplacará tu maldición sea cual sea, de eso estoy seguro. ¿No te sientes mejor aquí?

—No. Dentro del bosque no sentía nada, aquí—dijo tocándose el pecho—. Aquí empiezo a sentir..

—¿Qué razón puede tener un muchacho tan joven para abandonar su vida? ¿Qué es eso que te perturba tanto? Lluc cerró los ojos y se dejó caer en la cama que la había dispuesto Rufus.

—La verdad es que no lo sé. No lo recuerdo. Sólo tengo la sensación de que alguien me abandonó en ese lugar, con esta horrible maldición que no me deja salir de esa penumbra...Ese bosque... Me tiene prisionero.



Capitulo 3

Por las mañanas, Rufus trataba de convencer a Lum de que visitara aquella bruja, pero Lum temía las respuestas que ésta podría darle sobre la maldición y sobre el bosque, por lo que se resistía. Por la noche, el cuervo le llamaba y le observa por la ventana, expectante.

—¡Lum! ¡El bosque! ¡Vuelve! —le graznaba.

Estar en aquel lugar, tan lejos del bosque no le hacía bien. Crecía por su estomago y garganta una profunda ansiedad y un terror que él no entendía. Estaba atemorizado, muy nervioso. Sólo quería volver al bosque, a cobijarse en aquel sentimiento... ¡No! En aquel lugar. Allí se sentía a salvo.

Confundido con todos esos pensamientos finalmente cedió ante la insistencia de Rufus y fue a ver a la bruja que vivía sola en una cabaña destrozada, cerca de la de rufus.

Cuando al fin llegaron a la choza, delante esperaba la silueta de una anciana.

La mujer encogida y a vestida con harapos que parecían crecer entorno a su cuerpo y cuello mostraba un lustroso cabello marrón que le caía hasta la cintura, acentuando dos pequeños y extraños ojos negros. Unos ojos acusadores. Las flores brotaban de su ropa como si quisiesen salir.

—Esta es... ¡Olma! —dijo Rufus mirando a los árboles—. Venga Olma, dile a Lum lo que tiene que hacer para curar su maldición.

—Tendrás que acercarte a las sombras —canturreó la bruja de forma espectral.

Lum, debes buscarme. Alejate de ellos. Dijo una voz muy familiar en su cabeza. Lum se asustó en un primer momento, pero confió en la voz, la conocía demasiado bien.

Quizás no esté tan lejos de lo que crees. La voz le parecía un eco... ¿Qué querría decir?





—Debes dejar que te coman las sombras —sentenció la bruja—. Así podrás salvarte.

—No... No estoy seguro de que...

La bruja canturreó otra vez y a su vez, su cara empezó a oscurecerse y sus ojos se volvieron de un rojo rubí mientras reía a carcajadas.

La bruja canturreó otra vez y a su vez, su cara empezó a oscurecerse y sus ojos se volvieron de un rojo rubí mientras reía a carcajadas.

¿Sabes Lum? continuó la voz en su cabeza. El bosque tal y como es, no estuvo siempre ahí. Tú plantaste el primer árbol con un pensamiento oscuro... y ahora... Hay un bosque y las sombras se alimentan de él. Igual que se han alimentado de Josep ¿Sabes lo que es la tristeza, Lum?

—¡Rufus ayúdame! —gritó Lum exasperado con la situación.

Al girarse no encontró a su amigo cazador, si no a una horrible sombra con su aspecto, la bruja y el hombre se habían transformado en lo que realmente eran. Las sombras le habían tendido una trampa, querían comerle. Pero lo realmente transtornador era ver como más sombras reptaban por la nieve, una de ellas tenía una gran similitud a Rufus,

—¡Lum! —rió Rufus con una voz gutural—. Déjate, únete a mí.

Rápido, reúnete conmigo en el bosque. Dijo la voz.

Lum y miró el bosque desde aquel punto, preparado para correr. Nunca le había dado miedo el bosque. Se había convertido en su casa, conocía todos sus rincones y secretos.

Se deshizo del abrazo de las sombras, que se lanzaron a su cuello a la primera ocasión, después de esquivarlas con éxito, Lum se adentró en el bosque.





Estuvo caminando largas horas por senderos perdidos, sin un rumbo fijo. Guiado sólo por la sensación de la confusión. Si cerraba los ojos, podía escuchar a las hojas llamarle y a la madera cantar, y detrás de esos sonidos su propia voz.

—¡LUM!

Siguió su propio nombre hasta llegar a un claro... Allí, sentado en la nieve había un muchacho... ¡No! ¡Era el hechicero que le visitaba! Lum se acercó aterrorizado y comprobó lo que temía: Aquel muchacho era él. Las sombras bailaban a su alrededor lamiendo los árboles como el fuego cuando quema. Bailando alrededor de ellos. Atraídas por su maldición, por la tristeza.

—¡Libérame de esto! —se pidió a sí mismo.

—Eres tú mismo quien lo ha hecho... —repitió el Lum helado.

Lum arrugó la frente, enfadado.

—Eso no es cierto...

—Buscas la cura de maldición que no existe. La maldición que tú mismo te has creado. Las sombras y pensamientos que tú mismo has alimentado. Tu propia mente, tu propio ser. Todo esto —señaló el bosque y se señaló a él mismo—. Todo lo has creado tú. Bienvenido a tu infierno secreto, bienvenido a tu tristeza eterna. Bienvenido a tu auto-destrucción.



—No... no soy consciente de —Lum no podía articular palabra. Su propio YO le estaba dando una lección, le estaba hablando de la verdad, de lo que no quería ver, de lo que no quería escuchar ni sentir. Allí estaba tan a salvo.

—Con cada pensamiento oscuro, un nuevo árbol. Has sembrado la tristeza en tu corazón y esto es lo que hay. Y sólo tienes dos opciones, Lum. Sólo dos —el hechicero señaló el bosque—. Dejarte consumir por esta oscuridad que has creado...



Lum miró alrededor. Se levantaba una gran ventisca, la nieve pintaba los árboles y los caminos de blanco. Las sombras se reían desbocadas de todo lo que estaba ocurriendo. Pero también estaban expectantes. Querían que Lum eligiese la primera opción.

—O combatirla, y despertar del ensueño que es este bosque.

Lum observó con detalle las ramas, los troncos negros, los copos de agua nieve que caían con estrepito sobre su piel y sobre el cabello del otro Lum, que lo miraba expectante.

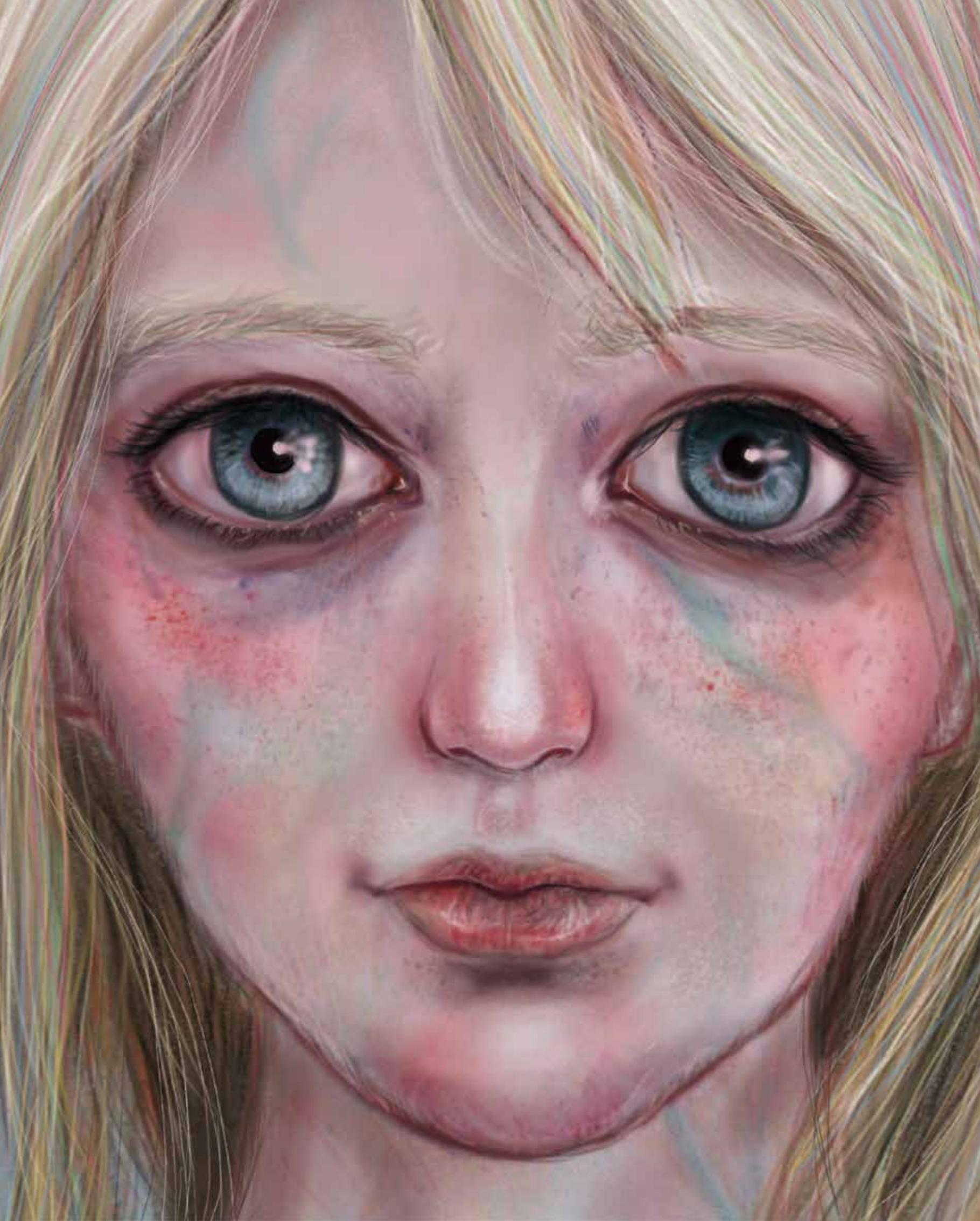
Era tan necesaria aquella tristeza, era una protección, bajo aquel bosque no sentía nada, los sentimientos se apagaban como velas en una noche lluviosa. Y aquello no le perturbaba.

Una a una como arrancadas por una gran mano invisible, las sombras fueron despegándose de los árboles, fríos y muertos que caían y se rompían una vez las sombras los dejaban de abrazar con sus cuerpos translúcidos. El mundo se desmoronaba alrededor de Lum, la nieve se derretía, la ventisca no se detenía, junto a ella, llegaban las primeras flores. El viento las traía suplantando el lugar que los oscuros troncos y las copas nevadas ocupaban en el corazón y la mente de Lum.

Los últimos árboles y sombras se aferraron y se inclinaron hacia Lum, haciéndole dudar terribles instantes, llamándolo con sus frías caricias y llantos. Lum no sentía nada en aquel bosque, donde la tristeza le estaba consumiendo y aquello realmente no le importaba. La evasión que le proporcionaba aquel solitario y nevado espacio era agradable y protectora, difícil de dejar ir, pero aún así...

Lum decidió despertar.





El
Bosque
de Lamm

Para todos aquellos que alguna vez se
perdieron por su propio bosque.